



Debate

(Re)Vuelta a Marx. Prolegómenos de una insurrección interrumpida contra la superexplotación de la vida

Juan Cristóbal Cárdenas Castro*

Economista, Doctor en Estudios Latinoamericanos
Universidad de Chile
cristobalcardenas@yahoo.com

Resumen: la revuelta popular que estalló en Chile el 18 de octubre de 2019 y que, tras cinco meses de intensas movilizaciones, fue interrumpida por la pandemia del Covid-19, debe entenderse como la respuesta de un pueblo ante la *superexplotación* a la que ha sido sometida la *vida* durante más de cuatro décadas de neoliberalismo. El despertar del pueblo, alumbrado por el *fuego*, puso en jaque, por un tiempo breve pero denso, el *statu quo* capitalista neoliberal chileno y, a su vez, mostró que la esencia de la lucha de clases es la *disputa por el tiempo*. Por otra parte, el artículo da cuenta de que los llamados *actores secundarios* han devenido protagonistas de una insurrección en ciernes que, en lo profundo, se proyecta como una impugnación de la “democracia representativa” de las élites, es decir, del dispositivo que garantiza que el despojo y la precarización de la vida se reproduzcan eficaz e incesantemente.

Palabras Clave: Superexplotación de la Vida, Revuelta Popular, Lucha de Clases.

Cómo citar este artículo: Cárdenas, J. C. (2020). (Re)Vuelta a Marx. Prolegómenos de una insurrección interrumpida contra la superexplotación de la vida. *Revista Némesis*, 16, 121-130.

Fecha de recepción: 7 de julio del 2020

Fecha de aceptación: 31 de julio del 2020

* Ha impartido clases en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la Universidad de Chile y en la Universidad de Valparaíso. En 2015 recibió uno de los premios del concurso «Ensayos Ruy Mauro Marini» (Clasco) por su trabajo titulado “Para leer Dialéctica de la dependencia. Del giro dependientista al giro decolonial (publicado en *Desafíos, perspectivas y horizontes de la integración en América Latina y el Caribe: actualidad del pensamiento de Ruy Mauro Marini*. Clasco, 2018)”. Entre sus aportaciones recientes destacan sus artículos: “La subsunción de la Teoría de la Dependencia por la Filosofía de la Liberación” (publicado en *La crítica en el margen. Hacia una cartografía conceptual para rediscutir la modernidad*. Akal, 2016); “Una historia sepultada: el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile, 1965-1973” (De Raíz Diversa, núm. 3, 2015) y; “Meditaciones Dusselianas acerca de la teoría de la dependencia y su fundamento” (De Raíz Diversa, núm. 9, 2018).

(Re)Vuelta a Marx. Prolegómenos de una insurrección interrumpida contra la superexplotación de la vida

¡Luchar hasta que la dignidad se haga costumbre!

La revuelta popular que estalló el 18 de octubre de 2019 expresó la rabia, acumulada durante décadas, frente a un sistema de dominaciones y explotaciones que priva a la inmensa mayoría del *derecho de vivir en paz*; de otro modo, irrumpió contra un sistema político-económico —el capitalismo— que no le permite al pueblo vivir *dignamente*, pues en esta larga y estrecha franja de tierra enormes segmentos de la población trabajadora apenas sobreviven, y deben batallar a diario contra la muerte y la miseria. Bien pudiera decirse que en el lapso que va de octubre de 2019 a marzo de 2020 presenciamos los *prolegómenos de una insurrección contra la superexplotación de la vida*.¹ De ahí que el *principio* que impulsa y orienta a quienes se han rebelado se resume así: “hasta que la *dignidad* se haga costumbre”, es decir, hasta que la *dignidad* se convierta en la *norma* que oriente nuestras prácticas cotidianas. Este principio sintetiza la lucha que el pueblo ha venido librando en las calles y plazas de todo el país, pues comprendió que no hay *paz social sin justicia social*. Décadas de neoliberalismo —una de las fases más agresivas y antiecológicas del capitalismo— han empujado a la población trabajadora a engrosar las filas de ese supernumerario ejército *de las y los que sobran*, de aquella “*población obrera relativamente excedentaria*, esto es, *excesiva para las necesidades medias de valorización del capital* y por tanto *superflua*”².

Decía Karl Marx (2017) que “los diferentes individuos *solo forman una clase* cuando se ven obligados a sostener una *lucha común* contra otra clase, pues de otro modo ellos mismos se enfrentan unos a otros, hostilmente, en el plano de la competencia” (p.251). Eso es lo que sucedió —y sucede— en el Chile actual. Por décadas la clase dominante fue eficaz en su propósito de mantener al pueblo dividido y alienado. No obstante, la revuelta fue posible por la sincronización de diversas luchas y por la capacidad de sobreponer a la estrategia de la división la identificación de una clase antagonista. De otro modo, el pueblo se cansó, despertó de la pesadilla en la que estaba sumido. Correspondió a las generaciones jóvenes —las y los estudiantes secundarios— alumbrar el camino. Ya en 2006 las y los *pingüinos* irrumpieron en la escena político-social, movilizando a cientos de miles de estudiantes de todo el país; 13 años más tarde se transformaron en la *chispa* que encendió el descontento popular contra un sistema diseñado para estrujar a las y los mismos de siempre, es decir, a quienes menos tienen. Y lo que emergió con una enorme fuerza el 18 de octubre fue precisamente una *clase* que fue compelida, forzada, a sostener una *lucha común* en contra de otra clase, que insiste en dividirnos, haciéndonos competir a unas contra otros. Desde entonces las calles se poblaron de gente que lucha, librándose a diario difíciles y, a la vez, hermosas batallas. Por su parte, el Gobierno le declaró abiertamente la guerra al pueblo, reconociendo así una realidad, más o menos encubierta, en las últimas décadas. Y de paso contribuyó a destapar esas *ollas* que no paran de repiquetear, que organizan, articulan y alimentan, desde abajo, a las y los auténticos *comunes*, y que mantienen encendida la llama de la insurrección.

¹Con el concepto *superexplotación de la vida* me refiero a la redoblada explotación, absoluta y relativa, tanto de los trabajadores como de la naturaleza, es decir, de las dos fuentes de donde brota la riqueza, durante la fase neoliberal del capitalismo. No solo se remunera a la fuerza de trabajo por debajo de su valor, provocando su *desgaste o muerte prematura*, sino que la intensidad y la extensión de la explotación neoliberal de la naturaleza conllevan la *destrucción exponencial e irreversible* de las condiciones que hacen sostenible la vida humana en la Tierra. Aunque Marini (1973) planteó que la superexplotación de los trabajadores era un mecanismo compensatorio específico del capitalismo dependiente, con la expansión de las corporaciones transnacionales, Dussel (2014) advierte, sagazmente, que éstas golpean a “dos bandas”, ya no solo a los capitales de los países dependientes (que tienen menor composición orgánica) sino también a los capitales no transnacionalizados de los países desarrollados (que pagan mayores salarios). Lo anterior explica la mundialización de la superexplotación de la fuerza de trabajo.

²Karl Marx, *El Capital. Crítica de la economía política* (Distrito Federal: Siglo XXI Editores, 2008), 784, énfasis propio. En adelante, las cursivas en las citas son de nuestra autoría.

No deja de sorprender que, en cada jornada de protesta, hubiese miles de personas insurrectas dispuestas a enfrentar las balas y balines, las bombas lacrimógenas, los chorros del *guanaco*, los gases del *zorrillo*, en síntesis, la feroz represión policial. Semana con semana, quienes protestaban hicieron retroceder a la *yuta*; en la lucha conocían y cultivaban la solidaridad, el apoyo mutuo que insufla la fuerza necesaria para sobreponerse al miedo y afrontar de mejor manera las batallas por venir. La *primera línea* de la protesta se asoció con la *segunda* y la *tercera*, y así sucesivamente, para que la *última* línea del pueblo no sucumbiera ni perdiera la esperanza de que un país otro y, desde aquí, un mundo otro es posible (“El neoliberalismo nace y muere en Chile”, se grafiteó en las paredes). Al igual que en otras experiencias latinoamericanas, quienes ocupaban la *primera línea* debieron ocultar sus rostros para ser vistos. Así, *las y los capucha*, se convirtieron en protagonistas de la resistencia callejera, de la disputa por derrumbar los símbolos y lemas de este sistema —el *orden* y la *patria*—, por sepultar la *normalidad* excluyente y abrir paso a una nueva realidad cuyo sello sea la *dignidad*.

Aunque ciertamente la mayor parte de los pilares de este sistema de dominaciones y explotaciones sigue intacta, ya se derrumbó el pilar del llamado “consenso neoliberal” —la hegemonía— que se edificó a punta de metralla y de corvos, de decretos y leyes represivas, de políticos corruptos, de empresarios inescrupulosos y desfalcadores, de sacerdotes pedófilos, de etnocidas y de ecocidas, etcétera, todo lo cual dio forma a un “Estado opresor [que] es un macho violador”³. Este Estado es la condensación de la ideología de la clase dominante, de una ideología deshumanizadora que se *normalizó*, que se hizo *norma*, *ley*, que convirtió al despojo en su práctica habitual. El mundo que hoy habitamos está hecho, en lo esencial, a imagen y semejanza de la clase dominante. El *Estado de Derecho* actual no es sino un *Estado de Derechas* (que ha consentido —y del que ha usufrutuado— una parte considerable de las viejas y nuevas izquierdas políticas).

Desde el 18 de octubre las y los cientos de miles, las y los millones que salieron a las calles a protestar, identificaron meridianamente *quién es el enemigo del pueblo*, aunque no necesariamente los dispositivos a través de los cuales el enemigo domina, es decir, las maneras en que subordina y controla al pueblo y sus luchas. Ahora bien, a diferencia de lo que suele decirse, el programa del pueblo ha sido escrito vastamente en las paredes a lo largo y ancho de nuestras ciudades, en los cientos de consignas que se vitorearon a diario y que se fueron afinando en un cúmulo de experiencias organizativas y movilizadoras de tonalidades diversas. Pensamos que no es un problema de *programa* ni de *organización* el más definitivo a la hora de hacer un balance del movimiento popular. Las insuficiencias tienen que ver más con las vías utilizadas para que esas luchas triunfen. A contrapelo de la historia, la consigna de que hay que utilizar “todas las formas de lucha” acaba privilegiando ineludiblemente la *vía electoral*, la *vía parlamentaria*, peor aún, la *democracia representativa*. El mandato de que “hay que estar con un pie en la calle y el otro en las instituciones” resulta un engaño cuando se advierte que las instituciones están diseñadas para sacar de la calle a quienes se alzan en “representantes del pueblo” (y a sus partidarios) y, aún más, cuando esos supuestos representantes terminan legislando en contra del pueblo. Este es un escollo que hay que sortear, del que hay que hacerse cargo, pues, en el pasado reciente, lejos de servir para acercar al pueblo a las urnas, esa vía terminó alejándolo; lejos de servir para cambiar el *estado de cosas existente*, esa vía ha contribuido a que, en lo fundamental, los engranajes del orden neoliberal se mantengan bien aceitados y, por ahora, a salvo del derrumbe. Los sostenedores políticos de este *Estado del malestar* siguen asistiendo con sus respiradores artificiales (los “acuerdos nacionales”) a los hijos de Pinochet, a los golpistas de ayer y de hoy⁴.

³ Como bien subraya la *performance* del colectivo feminista *LasTesis*.

⁴ Es más, a los golpistas de ayer, como los Aylwin y los Frei, buena parte de las izquierdas tradicionales terminaron alzándose como candidatos presidenciales y coaligándose en sucesivos gobiernos en una posdictadura que contribuyó a expandir y consolidar el modelo neoliberal pinochetista. De ahí la impugnación al pacto que hizo posible la transición política y que fraguó el chile posdictatorial: “No son 30 pesos, son 30 años”.

Y aunque todavía es temprano para pronosticar las derivas de esta *insurrección interrumpida* por la pandemia del Covid-19, lo cierto es que, con miles de personas contagiadas y fallecidas, con más desempleo y una progresiva precarización de la vida del pueblo, la militarización de los territorios, y las mentiras y burlas incesantes de la clase política, es previsible que un nuevo estallido avive aún más la llama del pasado octubre. Así pues, es posible que hasta ahora solo hayamos alcanzado a ver los *prolegómenos de una insurrección en contra de la superexplotación de la vida*.

En lo que sigue nos enfocaremos en algunas cuestiones políticas y teóricas de la mayor relevancia y que fueron alumbradas por el estallido de la revuelta popular. En primer lugar, destacaremos la importancia que el *fuego* adquirió para la lucha. En segundo lugar, veremos cómo la interrupción de la normalidad excluyente abrió la *disputa por el tiempo* (esencia de la lucha de clases). Finalmente, y a modo de conclusión, apuntaremos algunas claves para intentar entender el rol que el proletariado ha tenido en las luchas recientes. El análisis de los dos últimos apartados, en relación con el estallido de la revuelta, amerita visitar la teoría *marxiana* del valor-trabajo, por lo que, acorde con los tiempos que corren, emprenderemos una *(re)vuelta a Marx*, es decir, un retorno al sentido profundo de su reflexión crítica sobre la transformación política radical, o sea, revolucionaria.

¡Nos costó tanto encender la hoguera, no dejemos que se apague!

Uno de los momentos más significativos tras el *estallido de la revuelta popular* fue el de la interrupción del tiempo histórico. Por varios días, por varias semanas, muchas personas vieron trastocados los ritmos de su vida cotidiana. El *Estado de Rebelión*⁵ puso en crisis el *Estado de Derechas*. El impacto de la parálisis de la red de transporte y abastecimiento sobre el conjunto de las actividades productivas/consuntivas fue indudable. Con la destrucción y quema de múltiples estaciones del metro, con el incendio y “saqueo” (*recuperación*) de centros comerciales, supermercados, farmacias, sucursales bancarias, casetas de peajes y negocios por doquier, con la *toma* de las calles por la festiva movilización popular, etc., se produjo un *tsunami social* que fue enfrentado por la clase política, civil y militar, decretando estado de emergencia constitucional.

En lo esencial, el pueblo se reconcilió con el *fuego*, convirtiéndolo en una de las armas principales de su repertorio de acción. Y en torno al fuego danzó, expresó su digna rabia y, por un tiempo breve pero *denso*, puso en jaque el *statu quo* capitalista neoliberal chileno. Al son del “¡Chile despertó!”, pronto quedó claro que era el *pueblo* el que se había levantado, cansado de tanto abuso, desfalco, colusión y desprecio, de tanta humillación y deshumanización, de ver cómo se talan los bosques nativos, saquean y contaminan los mares, desertifican los territorios, privatizan el agua y saquean los ríos, expulsan de sus territorios ancestrales —y asesinan— al mapuche, cansado también de experimentar en carne propia cómo los empresarios lucran con nuestras vidas, con nuestros trabajos, con las y los niños de Sename, con la educación, con los créditos con aval del Estado, la salud, los fondos de pensiones, las carreteras, los arriendos, los servicios básicos (luz, agua, gas, internet, etc.), simbolizaron los 30 años de falsas promesas y de *una alegría que nunca llegó* para los más. *Al lucrar con la vida, superexplotan la vida*, la desprecian, la desprecian.

“¡Chile despertó!” Y con distintos ritmos y repertorios, los combates del pueblo resistieron el intento del *Estado de Derechas* por restaurar la *normalidad* capitalista neoliberal hasta entonces conocida. El pueblo comprendió que precisamente esa normalidad era nuestro problema (“no era depresión era capitalismo”, “sin justicia social no hay salud mental”). Por lo mismo, el Estado de Derechas, el conjunto de las normas vigentes, eso que llaman la normalidad, difícilmente podrá restablecerse. El signo más evidente de lo anterior es el escaso respeto que las llamadas Fuerzas del Orden y Seguridad y, junto con

⁵ Enrique Dussel, 20 tesis de política (Distrito Federal: Siglo XXI Editores, 2006).

ellas, los Partidos del Orden, provocan en buena parte de la población. Ya casi nadie respeta a los *pacos*, porque obedientes como son con los de arriba, se han ensañado con el pueblo movilizad, con la juventud insurrecta, y han dado muestras fehacientes de su falta de humanidad, del nulo respeto por los derechos humanos más elementales. Y aun cuando el pueblo se alzó tras la bandera de la *dignidad*, y renombró a las plazas de muchas ciudades como “Plaza de la Dignidad”, los *pacos* siguieron defendiendo, con todo, los intereses de una élite (de la que en gran medida son parte⁶) que se resiste a perder sus privilegios y que elogia, sin pudor ni rubor, la codicia y el “derecho al lucro”.

El *fuego* se convirtió en el arma principal del pueblo, y éste aprendió que cuando las llamas rebrotan con fuerza, reduciendo a cenizas aquellos puntos del circuito que garantizan y sostienen la reproducción y la acumulación del capital, se dan pasos fundamentales en la lucha. Lo anterior es importante, pues, como señalara Marx (2017): “cada paso de movimiento real vale más que una docena de programas” (p.772-773). Pero más allá de la metáfora, el *fuego* o, mejor, los *fuegos* encendidos —ya sea como barricadas u *ollas comunes*— representan la rabia acumulada de un pueblo que se cansó de los abusos, de la explotación, de la superexplotación. “¡Nos costó tanto encender la hoguera, no dejemos que se apague!”⁷.

Y si bien es cierto que no pocos incendios fueron provocados por los *pacos*, la soldadesca y los empresarios, con el propósito de infundir temor en ciertos sectores y de dividir a la población, no es posible desconocer que el pueblo se parapetó y danzó en torno al fuego de miles de barricadas y arrasó con algunos de los símbolos oprobiosos de un orden hecho a la medida de los de arriba. Tanto es así que, hasta hoy, cientos de farmacias, supermercados, tiendas comerciales y bancos debieron blindarse con gruesas planchas metálicas para evitar ser blanco de la ira popular y, por ende, desvalijadas e incendiadas. “Me gustas cuando te blindas porque estás como ausente”.

Lucha de clases, disputa por el tiempo

Fue precisamente el fuego el que alumbró la interrupción del tiempo de la normalidad y permitió que las y los vecinos se reencontraran; que por un tiempo las plazas, parques y calles se poblaran de madres, padres, niñas y niños, jóvenes, abuelas y abuelos; que el pueblo se autoconvocara para agruparse, escucharse, mirarse, olerse, palparse, sentirse, reconocerse. Los cabildos y asambleas territoriales autoconvocadas permitieron apreciar más claramente la profunda relación existente entre *economía y política* en la sociedad capitalista, y la importancia que la interrupción del “tiempo homogéneo y vacío”, el “hacer saltar el *continuum*” de la historia (Benjamin, 2008, p. 51), tiene para forjar un mundo otro.

Decía Marx (2008) que “la acumulación de capital presupone el *plusvalor*” (I/3, p.89). Por su parte, el *plusvalor* es *trabajo objetivado impago*, de otra manera, trabajo realizado que no se le paga a quien lo realiza. Y como es conocido, en la sociedad burguesa la *medida del valor* es el *tiempo de trabajo*⁸. De otra manera, decir que la acumulación de capital presupone el *plusvalor* es igual que decir que la acumulación de capital (legalizada por las *normas*, por las *leyes*) presupone *trabajo objetivado impago*, o sea, la apropiación por parte de los capitalistas de *trabajo objetivado ajeno*, realizado por otras y otros (por las y los obreros, las y los proletarios, las y los trabajadores), la apropiación de parte del *tiempo de trabajo* (y del *producto del trabajo*) realizado por otras y otros⁹. En las sociedades capitalistas, el proletariado “vive para trabajar”, para trabajarle a otros, y de paso *sobrevive*, o sea, se reproduce, una y

⁶De ahí que el pueblo les cante: “Jubilación, por años de servicio, igual que los pacos, igual que los milicos”.

⁷Que alude al “nos costó tanto encontrarnos, no nos soltemos”.

⁸Para Marx (2007): “El *valor* se determina por el *tiempo de trabajo objetivado*, sea cual fuera la forma que éste adopte” (2, p.23).

⁹Una de las expresiones que Marx (2007) utiliza para referirse al *plusvalor* es, precisamente, “*apropiación de trabajo ajeno, de trabajo objetivado ajeno*” (1, p.417).

otra vez, como proletarios, como obreras y obreros, como fuerza de trabajo, como paupers.¹⁰

Conocido es, también, que Marx (1968) buscó explicar científicamente un hecho económico que sigue siendo actual: “El obrero se empobrece tanto más cuanto más riqueza produce” (p.74). Y explicó que el proceso de acumulación capitalista consiste en una carrera incesante por apropiarse del *tiempo de trabajo* (y del *producto del trabajo*) realizado por las y los obreros, por las y los trabajadores. Esta es una realidad que se mantiene hasta el presente, se ha normalizado, se ha hecho costumbre, no suele cuestionarse.

Lo anterior adquirió cabal sentido con la interrupción del curso de la historia acontecido en Chile en los días y semanas que siguieron al 18 de octubre, lo que hizo que miles de trabajadoras y trabajadores se vieran forzados a *evadir* temporalmente¹¹ sus puestos de trabajo, y que pudieran dedicar el tiempo que absorbe una parte significativa de su vida diaria a encontrarse y pensar cómo transitar a un mundo otro. Transitoriamente el pueblo se reapropió del tiempo y descubrió que el ejercicio de la *política* nos es estructuralmente negado porque el tiempo que trabajamos —no en beneficio mayormente nuestro sino de otros, de los empresarios, de nuestros empleadores, de nuestros explotadores— nos consume, agota, no nos deja espacio para dedicarnos a otras actividades, entre ellas, a la *política*, a la deliberación, a conversar y discutir con otras y otros cómo reproducir nuestras propias vidas.

Eso explica, por otra parte, que el tipo de democracia ad hoc a la reproducción del capital sea la *democracia formal y representativa*. Como nuestro tiempo es de otros, en beneficio de otros, debemos delegar en una élite, es decir, en la clase política, civil, policial y militar, la resolución de nuestras necesidades más vitales (salud, educación, seguridad, jubilación, etc.). No les basta con “apropriarse” —como se dice eufemísticamente— del tiempo de trabajo y del producto del trabajo de ese enorme ejército de obreras y obreros forzosamente puesto a su disposición. Aparte de la expropiación que las y los trabajadores padecen en la llamada “esfera productiva”, al ejército en activo se le expropia también en la “esfera circulatoria”, por ejemplo, a través de impuestos de diversa índole (al valor agregado, al ahorro previsional, etc.); cuando los empresarios se coluden para cobrar *sobreprecios* por los bienes y servicios (pollos, papel higiénico, medicamentos, lácteos, pasajes interurbanos, etc.), es decir, precios de venta muy por encima de los precios de producción; cuando imponen precios de monopolio; cuando el capital usurario cobra elevadísimos intereses por créditos de consumo, hipotecarios, etc. Como sea, el trabajo del ejército de obreras y obreros activos, de las y los pobres, sirve para enriquecer, en última instancia, a los de arriba, a los privilegiados de siempre. La ecuación es sencilla, pues: los zánganos de arriba viven a costa de las abejas obreras.¹²

No sin cierta elegancia, la economía política tuvo clara conciencia de lo anterior cuando identificó que “acumulación de capital es, por tanto, aumento del proletariado” (Marx, 2008, p.761)¹³. De ahí que Marx planteara en la hora final de la propiedad privada capitalista, los expropiadores serían expropiados, o sea, las y los trabajadores no harían sino *recuperar* lo que se les había usurpado¹⁴. Pero en Chile

¹⁰Pobres. La pauperización de los trabajadores no es indefectiblemente *absoluta* sino, sobre todo, *relativa*.

¹¹Aunque muchos, también, fueron cesados definitivamente de sus empleos.

¹²Antes que se embarcase de lleno en la crítica de la economía política, Marx (1983) ya sabía que mientras: “en el reino animal natural, las abejas obreras matan a los zánganos, en el espiritual son los zánganos los que *matan a las abejas obreras*, y precisamente por medio del trabajo” (p.211).

¹³“La acumulación de riqueza en un polo es al propio tiempo, pues, acumulación de miseria, tormentos de trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto, esto es, donde se halla la clase que *produce su propio producto como capital*” (Marx, El Capital, I/3, 805).

¹⁴“*Suena la hora postrera de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados*” (Marx, El Capital, I/3, 953).

las expropiaciones (recuperaciones) de las y los de abajo son penalizadas con cárceles, mientras que las que cotidianamente realizan los de arriba, si mal les va, con clases de ética en universidades privadas.

Ahora bien, toda acumulación de capital conlleva, a su vez, *acumulación de poder*. Puesto que la clase trabajadora dedica buena parte del tiempo de su vida a trabajar para aquellos que disponen de su trabajo, se ve forzada a renunciar al ejercicio directo de la *política*. El Estado actual condensa precisamente la cesión de poder, la transferencia de poder, que depositamos con el voto, en una élite profesionalizada. Aunque se supone —o eso se nos hace creer— que esa élite trabajará de tiempo completo, percibiendo altos sueldos, para contribuir a satisfacer las necesidades de todas y todos, primeramente, de aquellas y aquellos que no pueden esperar¹⁵, invariablemente constatamos que no trabajan sino para sí mismos, para aquellos que financian sus millonarias campañas o que los sobornan. Incluso, buena parte de nuestras y nuestros otrora compañeras y compañeros, una vez que son electos y asumen sus cargos, dejan de acompañarnos, se mimetizan con la élite a la que prometieron combatir, nos sueltan, nos abandonan, nos persiguen, nos reprimen, se alinean con el Partido del Orden, con el Partido de la Gobernabilidad de los Propietarios Privados, a cambio de lo cual reciben sueldos millonarios, reflectores y financiamiento estatal y privado para sus próximas campañas políticas. En síntesis: abrazar la *democracia representativa*, hecha a la medida de las élites y para garantizar sus privilegios, significa abrazar la *Política* de las élites, que no es sino la *Política en la medida de lo posible*, sólo en beneficio de unos pocos usurpadores¹⁶.

Ciertamente tenía razón Marx cuando sostuvo que el camino que conduce al *reino de la libertad* (léase, a la *sociedad comunista*) se transita por medio de la reducción de la jornada laboral (¡imagínense trabajar solo 10 o 15 horas a la semana, lo que en una sociedad radicalmente diferente sería del todo posible!)¹⁷. De otra manera, si trabajáramos menos y percibiéramos una remuneración digna por el fruto de nuestro trabajo, podríamos dedicar parte importante de nuestra vida cotidiana, diaria, al ejercicio de la *política*, a pensar, a discutir, a autoeducarnos y a encontrar las soluciones —todo lo cual supone *tiempo*— para reproducir de mejor manera nuestra vida comunitaria (en armonía con los demás seres vivos que habitan el mundo); ya no nos veríamos forzadas ni forzados a confiar en una élite todo aquello que concierne a la reproducción de nuestra vida. *Recuperar nuestro tiempo* significa recuperar la posibilidad de *hacer política*, no tener que depositar en otros nuestro poder, empoderarnos, gestionar nuestra vida participativamente. Así, pues, el *reino de la libertad* es, en buena medida, el *reino de la política*, ya no como un entramado institucional privativo de una élite (que se enriquece gestionando también, para su propio beneficio e interés, los bienes públicos), sino como un nuevo modo de vivir,

La expropiación de los «usurpadores» es la condición de una sociedad “fundada en... la cooperación y la posesión común de todos los medios de producción” (Marx, *El Capital*, I/3, 1086).

¹⁵Evidentemente que el *desencanto* de los sectores populares con la *Política* (con mayúscula) tiene mucho que ver con el hecho de constatar prácticamente que la democracia representativa desde hace rato dejó de ser (si es que alguna vez lo fue) efectiva para los propósitos de la clase trabajadora. La izquierda política, se exaspera cuando los de abajo no participan de las elecciones, cuando se distancian de los partidos y de los sindicatos que dicen reivindicar los intereses de la clase trabajadora (aunque no necesariamente operan en beneficio de ella), cuando no les votan ni participan de sus “acuerdos históricos”.

¹⁶En definitiva, aunque se vista de *democracia representativa*, no es más que una *oligocracia* (“el gobierno de los pocos, por los pocos y para los pocos”). “¡Le llaman democracia y no lo es!”.

¹⁷De hecho, para Marx (2008): “el reino de la libertad sólo comienza allí donde cesa el trabajo determinado por la necesidad y la adecuación a finalidades exteriores; con arreglo a la naturaleza de las cosas, por consiguiente, está más allá de la esfera de la producción material propiamente dicha... La libertad en este terreno sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza... *con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana*. Pero éste siempre sigue siendo un reino de la necesidad. Allende el mismo empieza el desarrollo de las fuerzas humanas, considerado como un fin en sí mismo, el *verdadero reino de la libertad*, que sin embargo sólo puede florecer sobre aquel reino de la necesidad como su base. *La reducción de la jornada laboral es la condición básica*” (III/8, p.1044).

comunitaria y dignamente.

Por lo mismo, no deja de resultar un contrasentido que la movilización social, en cierto modo, se haya dejado conducir por el callejón sin salida de un proceso institucional que apunta no a deshacernos de la *democracia formal y representativa* sino a reforzar un modelo de democracia *ad hoc* a la acumulación de capital y a la política de las élites, a la “política de los acuerdos”, a las *cocinas* parlamentarias. Es inverosímil pensar que el plebiscito constitucional pudiera siquiera abrir la posibilidad de transitar hacia una *asamblea constituyente* cuyo sello sea la *democracia real y participativa*. Entonces: ¿cómo salir de ese atolladero? Lo cierto es que muchos sectores en la izquierda, a pesar de que lo anterior resulta inobjetable, han decidido igualmente participar —algunos a regañadientes— en esa cita *cocinada* a espaldas del pueblo. Confían en que la movilización social en torno al plebiscito termine por rebasar los límites hasta ahora impuestos. Con todo, también es cierto que no son pocas ni pocos los que se han negado a ser parte de ese nuevo intento de encauzar los anhelos de transformación social por la amañada *vía legal*. Y es que la historia enseña que cuando los de arriba trazan la ruta que conduce a “la alegría”, esta llega solo para un puñado.

Por lo mismo, la revuelta popular debe reorientar el curso de la acción política, no soltar la calle, desconfiar de las y los que apuestan por “representarnos”, privatizando con ello la política, dejándola al alcance de unos cuantos, negándosela a la mayoría del pueblo. Lo anterior sólo es posible si la *lucha de clases* se vincula con la *disputa por el tiempo*, por recuperar el tiempo usurpado de nuestras vidas. “Nuestros sueños no caben en sus urnas”.

A modo de conclusión: ¿dónde está la clase obrera?

A la luz del estallido de la revuelta popular del 18 de octubre bien pudiéramos preguntarnos: ¿Qué lugar ha ocupado la *clase obrera* en el conflicto sociopolítico que se extendió hasta mediados de marzo de este año? ¿Ha sido la clase trabajadora la *vanguardia* de esa reciente disputa? ¿Nutrió la clase obrera en buena medida la *primera línea* del combate que tuvo lugar en las calles? O más claramente: ¿Por qué los llamados *sectores estratégicos* de la economía chilena siguieron funcionando con cierta *normalidad*? ¿Por qué los mineros y los trabajadores portuarios —por señalar algunos estratos relevantes que tradicionalmente son reconocidos como pilares de la clase trabajadora— no paralizaron dos de los *puntos neurálgicos* del circuito productivo nacional? Pero también pudiéramos interrogarnos: ¿Por qué la agenda del llamado *Bloque Sindical* de la Unidad Social siguió una deriva distinta a la que protagonizaron, entre otros, el movimiento de las y los estudiantes secundarios y el movimiento feminista, al punto de que organizaciones como la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios y la Coordinadora de Mujeres 8M optaron por distanciarse de la *Unidad Social*? ¿Por qué el *Bloque Sindical* de la Unidad Social no apostó por la ruta de la Huelga General y optó, hasta bien adelantado el conflicto, por la aproximación con el Gobierno criminal de Piñera? ¿Por qué las más importantes organizaciones gremiales de los trabajadores del país disminuyeron orgánicamente su presencia en las movilizaciones que tuvieron lugar entre diciembre y febrero? En definitiva: ¿Por qué la *tradicional* clase trabajadora en Chile (fabril, industrial, estatal) no estuvo disponible para asestarle la estocada final a un Gobierno que gozó —y goza— de los porcentajes históricos más bajos de adhesión por parte de la ciudadanía? ¿Por qué las directivas nacionales de dichas organizaciones optaron, en los momentos más álgidos de la disputa callejera, por sentarse a negociar con un régimen que gobierna a punta de la más pura y dura represión? Resultado, el esperado. Tal y como se observó desde el inicio del estallido, más allá de la propaganda mediática, el Gobierno hizo oídos sordos a las reivindicaciones del *movimiento social*. Y en los 5 meses que duró la ofensiva popular (hasta su interrupción por el Covid-19) la respuesta del gobierno al malestar social que movilizó al pueblo fue *garrote*¹⁸. En definitiva, es pertinente preguntarse: ¿qué

¹⁸¿Y algo de zanahoria? Un plebiscito inicialmente propuesto para finales de abril y que se postergó para octubre, cuya característica fundamental es que, de entrada, le cierra el paso a la realización de una Asamblea Constituyente, delimitando ex ante sus

sucede con la *clase obrera* que, según parece, carece de la *potencia política* para ser la *sepulturera* del capitalismo y de la burguesía?

Y es que para entender las revueltas que protagonizan los sectores populares en Chile, y en el mundo, es preciso despojarse del viejo concepto de *proletariado* (de cuño marxista), que suele identificar a la clase obrera exclusivamente con los *asalariados*, e incluso distanciarse del formulado por el propio Marx (2008), cuando sostenía que: “por «proletario» únicamente puede entenderse, desde el punto de vista económico, *el asalariado que produce y que valoriza «capital» y al que se arroja a la calle no bien se vuelve superfluo para las necesidades de valorización del «Monsieur Capital»*” (I/3, p.761). Aunque este último concepto incluye a parte de los no-asalariados, es decir, a los que quedan *cesantes*, excluye, por ejemplo, a aquellas trabajadoras que pasan la mayor parte de su tiempo, para utilizar una imagen propuesta por el feminismo, en la *cocina*. Políticamente esa omisión llevó a considerar a las mujeres, sobre cuyos hombros cae el peso del *trabajo reproductivo* no-asalariado, un *actor secundario* en la lucha contra el capital. Histórica y políticamente no solo no tuvieron lugar en los sindicatos y, en múltiples ocasiones, se les relegó en los partidos de las izquierdas, sino que su situación provocó que muchos obreros contribuyeran a despreciar el trabajo desplegado por las mujeres en el hogar (por el solo hecho de no recibir como contrapartida un salario). En cierto sentido, hoy la situación laboral de las mujeres no es más favorable que antaño, pues, aparte de tener que realizar *trabajo asalariado* en la llamada esfera productiva, siguen realizando la mayor parte del trabajo doméstico no asalariado en la esfera reproductiva (que es *productiva*, también)¹⁹, siendo, por lo mismo, doblemente explotadas.

Pero si el concepto marxiano excluye a las que con fuerza *contraatacan desde la cocina*²⁰, resulta insuficiente también hoy para comprender el rol protagónico de las y los hijos de la llamada clase obrera (las y los estudiantes secundarios, entre otros) en la revuelta popular, así como el que ha tenido el llamado *lumpenproletariado* o, en jerga local, los *cumas*, *pungas* o *flaites*. Con todo y sus desconfianzas, no cabe duda de que, para Marx, el *lumpenproletariado* constituía un segmento del *proletariado*. Y dado que el neoliberalismo ha producido una creciente *lumpenización* o *lumpenproletarización del proletariado*²¹, más que tomar distancia de ese segmento popular (como sucede con cierta izquierda que aboga por la “vía pacífica”), lo que se necesita es sumarlo, relevarlo y apoyarse en su potencia política insurrecta (no acatamiento de la propiedad privada, radical insubordinación al imperio de la Ley, etc.), que ha quedado demostrada en relación con aquellos sectores históricos de la clase obrera que hoy por hoy son impotentes políticamente. Lo cierto, para concluir, es que quienes históricamente fueron considerados *actores secundarios* (las mujeres populares, el estudiantado precarizado, el *lumpen*, en definitiva, los que *sobran* y terminan *bailando y pateando piedras*) actualmente adquieren un rol protagónico en las batallas. En las luchas ellas y ellos se van reconociendo e inventan su hacer, su *quehacer*, se rehacen y se preguntan, y preguntando caminan, avanzan, no transan. Saben que nada tienen que perder, salvo las cadenas que les impiden vivir dignamente.

atribuciones, y garantiza una Nueva Constitución a la medida de las élites.

¹⁹Cabe indicar que la *teoría marxiana del valor* ha sido utilizada por el feminismo anticapitalista para dar cuenta de la explotación a la que históricamente han sido sometidas las mujeres en el capitalismo, particularmente en la “esfera reproductiva”. La conclusión a la que se arriba Leopoldina Fortunati (2019) es clara: “el trabajo de reproducción es *productivo*” (p.191). Y es *productivo* en el doble sentido que señala Marx (2008): “La producción capitalista no sólo es producción de mercancía; es, en esencia, producción de plusvalor. El obrero no produce para sí, sino para el capital... Sólo es productivo el trabajador que *produce plusvalor para el capitalista o que sirve para la autovalorización del capital*” (I/2, p.616).

²⁰Ver Federici (2018), quien destaca la centralidad del trabajo reproductivo para la acumulación capitalista.

²¹Ver Rodríguez (2018). Con lo anterior, no estamos ignorando que parte de ese lumpenproletariado (del mismo modo que otros segmentos del proletariado) se pondrá al servicio de la lumpenburguesía que gobierna.

Referencias

- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Distrito Federal, México: Editorial Itaca/Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Dussel, E. (2006). *20 tesis de política*. Distrito Federal, México: Siglo XXI Editores.
- Dussel, E. (2014). *16 tesis de economía política*. Distrito Federal, México: Siglo XXI Editores.
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario*. Críticas feministas al marxismo. Madrid, España: Traficantes de Sueños.
- Fortunati, L. (2019). *El arcano de la reproducción. Amas de casa, prostitutas, obreros y capital*. Madrid, España: Traficantes de Sueños.
- Marini, R. M. (1973). *Dialéctica de la dependencia*. Distrito Federal, México: Ediciones ERA.
- Marx, K. (1968). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Distrito Federal, México: Editorial Grijalbo.
- Marx, K. (1983). *En defensa de la libertad. Los artículos de la Gaceta Renana 1842-1843*. Valencia, España: Fernando Torres Editor.
- Marx, K. (2007). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857~1858*. Distrito Federal, México: Siglo XXI Editores.
- Marx, K. (2008). *El Capital. Crítica de la economía política*. Distrito Federal, México: Siglo XXI Editores.
- Marx, K. (2017). *Llamando a las puertas de la revolución*. Antología. Madrid, España: Penguin Clásicos.
- Rodríguez, E. (2018). *Vida lumpen. Bestiario de la multitud*. Buenos Aires, Argentina: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.